

VD

V. DOMINGO
EL COMERCIO
LA VOZ DE AVILÉS
13.04.2014

EL PAPA FRANCISCO SE UNE A LOS CURAS ANTIMAFIA ROMPIENDO CON UNA LLAMATIVA CONVIVENCIA CON LOS CAPOS **p4**

EN 'CRÍMENES DE AYER EN ASTURIAS' LA MASACRE DE MOREDA POR LA QUE HA PASADO CASI UN SIGLO **p8**

LOCURA DE AMOR

Sor Ángela, una monja asturiana, lleva 25 años en África, donde ha abierto un centro pionero de tratamiento psiquiátrico. La conocen como la Madre Teresa del Congo



Sor Ángela, con una de las jóvenes enfermas de las que se ocupa.

En el Congo a los enfermos mentales se les teme y repudia. Son, creen en sus calles, el motivo de todo mal. De romper con esa creencia y darles un futuro se ocupa una monja asturiana

|| PACHÉ MERAYO



Entre espinacas, patatas dulces y brotes de quimbombó. Ahí entierra de tarde Sor Ángela las miserias que observa, siente y combate por la mañana: cada mañana en Kinshasa, donde vive, trabaja y contagia sonrisa desde hace 25 años. Sor Ángela es de Parres. Allí nació en 1942, hace ya 72 inviernos. Pero a finales de la década de los ochenta se fue Brazzaville, capital de la república congoleña, para hacer causa propia de las vidas ajenas. Es pequeña, de aspecto frágil. Sin embargo, su voluntad y capacidad de dar la hacen gigante. La llaman allí, en la África ecuatorial, la Madre Teresa del Congo. Ella replica sería: «¡No sabes cuántas madres Teresa hay por el mundo!». Su voz nunca se vuelve circunspecta. Esta vez, sí. Sor Ángela, que sonríe constantemente mientras habla, explica con un tono casi ceremonioso que ella, como otras hermanas que dedican su vida a los demás, a los que menos tienen y

más necesitan, es solo una aguja en un pajar, felizmente grande. Y lo dice seria, dejando en el aire una reflexión pareja para la famosa monja de Calcuta, Premio Nobel de la Paz.

Sor Ángela Gutiérrez, a la que en familia y en Asturias llaman Vicen (de Vicenta, su segundo nombre), pertenece a la Congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, y con ellas trabaja en Kinshasa en el Centro Télema, que ella misma creó y también dirige. Un centro que a diario atiende a más de un centenar de enfermos. Todos mentales. Todos desahuciados por sus propios padres y hermanos. Y es que en el Congo la locura se paga con el destierro de la familia y de la casa. «Creen que los enfermos mentales dan mala suerte. Están convencidos de que todo lo que pasa que no sea bueno es culpa de ellos y los echan a la calle», cuenta esta peculiar monja de paciencia infinita que comienza su día («para que todo me de tiempo») a las 4 y 15 minutos de la ma-

ñana. «De las calles, precisamente, traemos nosotras los enfermos a nuestra casa». Y cuando Sor Ángela dice casa, no se refiere solo al Centro Télema, que cuenta desde Asturias con la «inestimable» colaboración de la Fundación Pájaro Azul (que tiene en el Congo señalados la mayor parte de sus objetivos solidarios). Cuando Sor Ángela dice casa, está diciendo casa. En estos momentos tiene recogidos a

seis enfermos mentales en su domicilio. «Los veo en la calle y se me parte el alma. Ellos, además, no saben qué han hecho y qué es lo que pasa».

Fue esa mirada perdida, de esos hombres y mujeres, «que nada han hecho y nada tienen», la que le hizo emprender hace 25 años su aventura humanitaria. La situación de abandono y con ella la injusticia y la ignorancia se convir-

tieron en su particular cruzada. Así nació Télema. «Con muchas ayudas, claro». Con ayudas ahora de los propios africanos. Muchos de ellos ya han empezado a entender que no hay magia negra, ni brujería, ni supersticiones sostenibles detrás de las mentes enfermas. El espacio que esta religiosa asturiana ha creado no solo les mantiene bajo techo, en lugar de por las aceras de Kinshasa.

En Télema, se les hace diagnóstico certero, se les atiende y medica, pero sobre todo se les dan oportunidades. Son, dice Sor Ángela, «los olvidados de los olvidados», aunque no para ella y las otras once monjas que le acompañan en su viaje. «Todas africanas, la única blanca soy yo», ríe una vez más. Todas convencidas de que, tras esas miradas perdidas hay un ser pidiendo una oportunidad y ellas están decididas a dársela.

Antes de llegar ella y ponerse manos a la obra, padecen por su estado mental agresiones físicas y psicológicas y por ende una extrema miseria. De hecho, antes de



Trabajando en el centro ocupacional Télema. Arriba, Sor Ángela.



UN DÍA EN EL TÉLEMA

4.15 h

Suena el despertador

Es la hora de la oración. Después las monjas hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, se desplazan a una iglesia que está a 15 minutos para ir a misa. «Las misas aquí son bastante largas»

Desayuno a carreras

A las siete de la mañana, tras el primer almuerzo, ya están en el taller. Hacen bolsos, adornos, camisas, vestidos, muñecas. Algunas se han vendido fuera de África.

13 h.

Hora de comer

Los enfermos comen a primera hora de la tarde. «Generalmente arroz con verdura, a veces con un poco de pescado». Después, las hermanas.

16 h.

Siesta y huerta

Tras la larga mañana, las hermanas descansan un poco. «No mucho porque nos espera la huerta y las gallinas». Después llegan de nuevo los rezos. A las 19 horas, la cena y antes de las 9 todos a la cama.

existir Télema la mayoría de ellos moría en las calzadas. Otros sobrevivían, «sobreviven, todavía», en condiciones «inhumanas».

Para sacarles de esa espiral las hermanas hospitalarias les llevan al centro o a su propia residencia y tras determinar su mal, -varias de ellas son médicas, algunas todavía estudiantes de Psiquiatría-, les ingresan en un taller de artesanía que llevan otras voluntarias. «Nadie se queda sin ayuda», dice orgullosa, recordando que es sobre esta actividad artesanal sobre la que gira buena parte del perfecto engranaje que han montado. Un engranaje en el que, a veces, faltan los alimentos básicos, se acaban las medicinas o se va la luz echando a perder la comida, por el calor extremo. Pero un engranaje al fin y al cabo que tiene resultados en la población de enfermos mentales. «No solo se sienten útiles, sino que además logran un dinero», ya que todos los objetos elaborados en el centro son vendidos para, por una parte, financiar la ayuda alimentaria y medicinal y

por otra para repartir «un salario con el que aprenden a administrar su propia economía».

Su estado determina su trabajo, que puede ir cambiando con las pequeñas «a veces muy grandes» mejoras que experimentan. Y dependiendo tanto del trabajo, como de su grado de autonomía, su disposición en la sala es una u otra. «A medida que se van asentando, que van sintiendo los efectos del cariño y también de la medicación van avanzando posiciones en el taller». Casi todos los trabajos tienen que ver con la costura. Hacen bolsos, manteles, delantales, neceseres, ropa de niño y adultos. «Últimamente reciclan toda clase de cosas», narra la presidenta del Pájaro Azul, Inmaculada González-Carbajal, que hace poco estuvo con Sor Angela en su taller congoleño: «papel, pequeños trozos de tela que sobran de las labores diarias, los sacos de arroz y maíz, cualquier cosa que se pueda con un poco de imaginación reconvertir en algo bonito y útil».

Todos ellos van encontrando su

En la actualidad las monjas trabajan en la consolidación de un segundo centro en Kinshasa



En el centro con la máquina. :: E. C.

dignidad, apunta la colaboradora, que también es médica. Las mismas palabras utiliza la religiosa asturiana. «A través del trabajo en el centro aprenden a manejarse con el dinero y con la vida, lo que les permite poder iniciar un proceso de reinserción». Un proceso, apunta Sor Ángela en el que las familias también participan, porque «cuando ven que de verdad se saben cuidar empiezan a confiar en ellos. Sus padres y sus hermanos les redescubren en ese momento».

Una de las labores más importantes de la monja asturiana en el Congo es la sensibilización ante el problema. «Salimos a la calle a contar y a convencer. Cada dos domingos tenemos un curso de formación y de sensibilización. También en domingo es cuando salen a buscar enfermos por las avenidas de Kinshasa. Una vez que les encuentran les piden información sobre sus familias y lo primero que hacen es ir a visitarlas. «Ir a convencerles de que no hay nada maligno en una mente enferma».

Cuando logramos ese reto somos felices. También, cuenta, lo son cuando en mitad de una acera se paran a hablar con un enfermo y en seguida se hace un corro en torno a ellas. «Eso es que ya nos conocen, ya saben qué hacemos y que lo que hacemos es algo bueno para todos». Su labor es reconocida por muchos congoleños y cooperantes. Recientemente un ciudadano de Kinshasa les ha construido de manera gratuita un nuevo centro para extender la atención de enfermos mentales a otro barrio de la ciudad. Llevan 8 años intentando consolidarlo y ahora están a punto de conseguirlo

A lo largo del año en el centro Télema Sor Ángela logra sumar más de 40.000 consultas a pacientes psiquiátricos, que implican un gran gasto farmacéutico sostenido con sus propios medios, que son muy precarios, y algunas ayudas exteriores. Ayudas que se administran de sol a sol. Desde las 4 de la mañana a las 9 de la noche, en que las luces vuelven a apagarse en toda Kinshasa.